

Los que allí capa le hacen.
Y comenzaban con esto
Los villanos á arrimarse
A los objetos que vian
De peso y transporte fácil.
Ya con voces imperiosas
Alborotaba el alcalde
Con lo de "entregarle al rey;"
Cuando de él mismo delante
Por dentro abriendo una puerta
Doña Inés salió á atajarle,
Vistiendo luto y cercada
De domésticos y pajes.
Al ver su bizarro porte
Y su severo semblante
Tuvieronse respetuosos
Y ella rompió en voces tales:
"¿Qué busca el rey en mi casa?
¿Por qué tanta gente trae
Cual si fuera mi alquería
Castillo que va á asaltarse?
¿Desde cuándo se acostumbra
Que así á los nobles se trate,
Y en el nombre de las leyes
Sus aposentos se allanen?
La justicia en hora buena,
En nombre del rey, que pase;
Mas los villanos del vulgo
Que se esperen en la calle.
Señor golilla, al momento
Esa gente despejadme.
Porque desde vos abajo
No he de responder á nadie."
Quedó el alcalde aturdido
De repente al encontrarse
Con una noble matrona
Donde supuso jayanes.
Y haciendo salir la gente
Con ella á solas quedándose,
En tono de desagravio
Empezó por "perdonadme..."
Mas la generosa dama
Interrumpióle la frase
Diciendo: "Oigo á la justicia:
¿Qué tiene el rey que mandarme?
—Un asesino, señora,
Que ha conseguido fugarse
Vadeando el río, esconderse
Debe por estos parajes.
—Supongo que la justicia
Tan poco honor no me hace
Que crea que yo le oculto
Contra el rey por auxiliarle.
—Señora...
—Podeis entrar
Mis cámaras adelante,
Y prender á ese asesino
Donde quiera que le hallareis.
—Me basta vuestra palabra:
Vuestro nombre y vuestra sangre
Conozco, y en quien sois vos
Tamaño crimen no cabe;
Mas tenéis muchos criados,

Sus aposentos dejadme
Mirar, por si alguno de ellos
Es conocedor del lance.
—Todos son criados viejos,
De quien salgo responsable;
Mas cumplid vuestro deber
Como quié-ra que gustareis.
La casa tiene bodegas,
Y horno, y pajar, y corrales:
Registrad una por una
Sus divisiones, alcalde."
Partió el golilla por obra
A ponerlo, y saludándolo
Gravemente Doña Inés,
Volvió en su cuarto á encerrarse.

Mientras abajo el alcalde
La casa revuelve toda
Y registrando las cuerdas
Va pasando de una en otra,
Doña Inés, en su aposento
Con el caballero á solas,
De esta manera le dice
Con baja voz cautelosa:
"Tomad, caballero, ese oro,
Que os bastará por ahora
Para poner con la fuga
En cobro vuestra persona.
Un potro abajo es aguarda
Que os sacará en pocas horas
Del alcance de las leyes:
Buscad tierra que os esconda,
Que yo quedo tras de vos.
Mas decidme por la honra
De vuestra fama, ¿le heristeis
En liza leal?"

—Señora,
Pedro de Guzman me llamo,
Y nunca en lid alevosa
Tomaron parte Guzmanes.
—Con vuestro nombre me sobra,
Guzman: por un asesino
Preguntaron, y mi boca
No mintió cuando os negaba;
Ni obré de la ley en contra.
—Señora, podeis jurarlo
Sobre las sagradas hojas
Del Evangelio; le he muerto
Cara á cara, y sin dolosa
Estratajema ó ventaja
Que me fuera valedora;
Dos eran en contra mia:
Ved si la razon me abona.
—Está bien; y pues la casa
Ya esas gentes abandonan,
Partid por el lado opuesto,
Guzman, y el cielo os acorra.
—Y si algun dia...

—Ya basta,
Partid.
—A Dios, pues, señora."

Con una mano en la llave
Y una lámpara en la otra
Delante del caballero
La dama á guiarle pronta,
Envuelta en cumplida capa
La descompuesta persona,
Pronto á seguir el hidalgo
A su noble bienhechora.
Sin movimiento quedaron
Ambos á dos, tumultuosas
Voces oyendo en el patio
Sin que la razon conocían.
Ayes y gritos de espanto
Y maldiciones rabiosas
Al mismo tiempo escuchaban,
Y conocen que se agolpa
La gente otra vez, pues oyen
De las pisadas monótonas
El rumor que va creciendo,
Y del murmullo la ronca
Armonia; y por los vidrios
Ven crecer de las antorchas
La luz que ilumina el patio
Do pasa la escena incógnita.
"¿Qué es esto? dijo la dama.
—Sábelo Dios, en voz sorda
La contestó el caballero,
Presa de angustia recóndita.
—Esperad," añadió ella;
Y acudiendo temerosa
A un corredor que da al patio,
Por la ventana se asoma.
Dió un grito que heló en las venas
De Guzman su sangre toda,
Diciendo: "Es él... ¡hijo mio!"
La desdichada matrona.
Corrió el caballero ansioso
A la vidriera, y la atónita
Mirada al patio tendiendo,
Vió su desventura toda.
En hombros de los criados,
De la ancha herida en la boca
Brotando aún la roja sangre,
Yace Don Juan de Zamora,
Y de su traje y su rostro
Por las señas que le toma
Con ojos desencajados
De las inmóviles órbitas,
Reconoce el de Guzman
En el mancebo á quien lloran
El mismo á quien en la calle
Mató por su mano propia.
Cayó en un sillón la viuda
Bajo el dolor que la agobia,
De amargo llanto en los ojos
Con dos abrasadas gotas,
Y de rodillas ante ella
Cayó en silencio en la alfombra
El matador caballero,
Victima á inmolarse pronta.
"¿Qué haceis? le dijo la dama,
Así mirándole absorta.
—Matadme," dijo Guzman;

Y en esta palabra sola,
Comprendiendo por entero
Aquella trágica historia,
"¡Maldito seas!" le dijo
La horrorizada matrona.
Duró un momento el silencio
De aquesta escena angustiosa,
Que al fin rompió el caballero
Con voz apenada y cóncava,
Diciéndola: "Dios lo quiere:
Cumplid con su ley, señora,
Y entregadme á la justicia,
Pues en sus manos me arroja.
—Sí, sí, repuso la dama
Desatinada y furiosa
Levantándose: es muy justo,
Y cualquier pena es muy corta
Para tamaño delito;
Caiga en tí su sangre toda."
Y al corredor dirigióse
Para ponerlo por obra.
Mas túvose de repente,
Y con calma, aunque en faz torva,
Dijole: "Jamás un noble
Recuerda lo que perdona.
Caballero, levantaos;
La vista consoladora
De ese santo crucifijo
En el corazón me toca;
Pues os amparé ignorando
Vuestra culpa y mi congoja,
No es justo que conociéndolas
Os abandone traidora.
En nombre de Jesucristo,
Que dió su vida en el Gólgota
Por salvarnos á los dos,
Id libre, Guzman.

—Señora...
—Id, y que en cuenta me tome
Resolucion tan heroica,
Al llamarme ante su juicio
En mi postímera hora."

Atónito el caballero
Quiso hablar; mas imperiosa
Abrió la dama la puerta
Que fuga le brinda cómoda,
Y mostrando con un gesto
Una escalerilla lóbrega,
Tomóla, asiendo la lámpara,
Y el caballero siguióla.

Volvió á los pocos momentos
Pálida y acongojada,
Y cayendo arrodillada
Ante la imájen de Dios,
Esclamó, oyendo á Don Pedro
Que escapaba á toda brida:
"Señor, si ese hombre lo olvida,
Tenédmelo en cuenta vos."

Todo lo devora el tiempo:
 Todo, y el bien como el mal;
 Como el vicio la virtud
 Se hunden en su oscuridad.
 Todo se borra y se olvida,
 Todo al cabo viene á dar
 En la sima del silencio,
 En el caos de la edad.
 No porque la noble viuda
 Pudiera olvidar jamas
 Al hijo de sus entrañas,
 Al desdichado Don Juan.
 No ¡por Dios! en su hora última
 Luchando el alma tenaz
 Por desasirse del cuerpo
 Fué este su postrer afán.
 Mas del hijo y de la madre
 Ninguno respira ya,
 Que á aquel le mató Don Pedro
 Y á esta la mató el pesar.
 Mas queda el autor del duelo,
 Y años trascurridos van
 Desde aquella horrible noche,
 Y aquel suceso fatal,
 Y aquel perdon que debió
 Del cielo á la gran piedad,
 ¿Quién sabe si en su memoria
 Borrados al cabo están?
 ¿Quién sabe si los recuerda
 Como una aventura mas
 De su existencia azarosa,
 De su vida militar?
 Tal vez: á la corte vuelto
 Tras largos años Guzman,
 Ni de Toledo se acuerda,
 Ni pensó en volver allá.
 De todo el mundo ignorada
 La mano que oculta audaz
 Causó la muerte de un hombre
 Provocándole á lid tal,
 Preséntase por do quiera
 Don Pedro, y do quier que va
 Recibido es cual merece
 Caballero tan cabal.
 Bien mirado por su rey,
 De grandes en amistad,
 Sin mas familia allegada,
 Ni deudos por quien mirar
 Que un mozo de quince abriles,
 Hermano suyo carnal,
 Con buen humor, libre tiempo
 Y oro largo que gastar,
 Se encuentra en el apogeo
 De la dicha mundanal;
 Y dicen los que le tratan:
 ¡Dichoso es el tal Guzman!

Y si no lo es, vive Dios
 Que lo sabe aparentar,
 Porque es la vida que lleva
 Un continuo carnaval.

Siempre de un festin en otro
 Va pasando sin cesar:
 O amigos se los aprestan,
 O él á amigos se los da.
 Las damas de mas belleza
 Le quieren por lo galán,
 Los hombres mas envidiosos
 Por lo franco y liberal.
 Nadie tiene mas apuros
 Ni aventuras que contar,
 Nadie mas oro prestado
 Que nunca cobrar podrá;
 Mas nadie tiene un amigo
 Mas sincero y mas leal,
 Ni á nadie se halla mas pronto
 En cualquier necesidad.
 Salúdanle los mendigos
 Con silencioso ademan,
 Porque saben ya que en él
 Es no tener el no dar.
 Y como en gastar dineros
 No va nunca mas allá
 De lo que pueden sus rentas,
 Vive sin necesitar
 Pedir lo que dió prestado
 A sus amigos, lo cual
 Hace que eterna le guarden
 Incólume su amistad.
 Envidíanle los soldados
 Su brio y porte marcial,
 Y los cortesanos todos
 Su noble afabilidad.
 Recibe su hermano de él
 Educacion bien cabal;
 Mas como la suya propia,
 Educacion militar.
 Las armas y los caballos
 Predileccion especial
 Gozan en ánimo de ambos,
 Y las fiestas de lidiar.
 Los toros son y las cañas
 Su diversion familiar.
 La caza y el ejercicio
 Su remedio universal
 Para matar el fastidio,
 Y el dolor para calmar.
 Y como en tales recreos
 Aliciente es principal
 La compañía de gentes
 De activa jovialidad,
 Todos sus amigos se hacen
 Alegres hasta cansar,
 Y á prestarles compañía
 Todos dispuestos están.
 Don Pedro, que hombre es de mundo
 Y de mente perspicaz,
 Lo ve, lo calla y lo aprecia
 En lo que vale no mas:
 Mas no Don Félix su hermano,
 Que el mundo conoce mal,
 Y aun en la amistad se fia
 Y fia en la lealtad
 De cuantos quieren venderle

Un cariño fraternal.
 Y aunque sus potros le montan
 Y usan sus armas, y van
 A todas partes con él,
 De él dejándose obsequiar,
 Ni interes sospecha en ellos,
 Porque de él es incapaz,
 Ni sus frases con sus obras
 Pondera en balanza igual.
 Y este fué su paso en vago,
 Este el impulso no mas
 Que á triste fin le condujo
 Con violencia fatal.

Alto, robusto y de gentil talante,
 Aunque apenas aún le apunta el bozo,
 Es, franco de alma, y de jovial semblante,
 Don Félix de Guzman, un bravo mozo.
 Sencillo en el vestir, mas ataviado
 De la corte á la usanza,
 De las damas alcanza
 Tal vez favores, y en secreto amado
 Es de alguna beldad, sin esperanza.
 Tal vez pagado él mismo
 De su belleza juvenil, aspira
 A un imposible amor que loco admira
 A traves de dorado idealismo.
 Doña Ana de Alarcon, noble doncella,
 Es en su corazon la preferida;
 Mas ésta, desdichada cuanto bella,
 A un milanés muy noble prometida
 Por su familia está, por lazo que ate
 Políticas discordias elejida,
 Aunque la fuerza del dolor la mate.
 Hombre es el milanés en tramas ducho,
 Y hay quien le juzga de su patria huído,
 Y que ocultos amañes ha traído
 Y en favor de Milán maquina mucho.
 Bien recibido de la corte se halla,
 Gasta con profusion, y que no tiene
 Con el gobierno en sus antojos valla
 Dicen, y se susurra por lo bajo
 Que mucho á España su amistad conviene,
 Aunque cuesta creerlo harto trabajo.
 Don Félix, á quien nadie da pavura,
 Y que en el milanés ve solamente
 Una cualquier humana criatura,
 Va adelante en su amor, harto imprudente.
 Y prudente anduviera
 Si á sí mismo no mas se lo fiara,
 Y á su lengua pusiera
 Un candado, que á fé que lo acertara.
 Mas tenia un amigo
 De quien fiaba sus secretos todos,
 Que era de él como eterno compañero,
 Sabedor de sus hechos ó testigo.
 Joven como él, como él sin esperiencia,
 De otros varios fiaba sus secretos
 Y los del buen Don Félix. ¡Imprudencia
 A que están muchos jóvenes sujetos!
 Contaba pues sus necios amorios

E inventaba amorosas aventuras,
 Y entre sus mal fraguados amorios
 Contaba de Don Félix las venturas;
 Contaba de una dama misteriosa
 Las encubiertas citas,
 Y contaba en la noche silenciosa
 Del dichoso Don Félix las visitas.
 Contaba como él solo
 El compañero de esas citas era,
 Y en la inmediata calle,
 Por si lance fatal aconteciera,
 Por acaso ó por dolo,
 Quedaba las espaldas á guardalle.
 Y aunque jamas nombraba la persona
 A quien Don Félix por la reja hablaba,
 En tan nimias señales se paraba
 Que á poco que el discreto discurria,
 Por el sitio y las señas que citaba,
 La casa de Doña Ana conocia,
 Y sabedor en tanto del suceso
 A él nada mas, Don Félix suponía,
 Y de franqueza le perdió el esceso.

Que en una lóbrega noche
 En que las nieblas ofuscan
 La opaca luz que la prestan
 Las estrellas y la luna;
 De esas noches en que el aire
 Con sordas ráfagas zumba
 Por las esquinas rasgándose
 Y por las torres agudas;
 De esas noches que parece
 Que en hondo caos sepultan
 Al universo dormido,
 Y el cielo y la tierra enlutan;
 De esas noches que recuerdan
 Las espantosas y absurdas
 Consejas de las nodrizas
 Con que á los niños asustan;
 Noches que traen á la mente
 Los concilios de las brujas,
 Los conjuros de los magos
 Y las sombras insepultas:
 Como tales, en silencio,
 A pasos rápidos cruzan
 Don Félix y el necio amigo
 Una callejuela oscura
 De la calle de Doña Ana,
 Y del real palacio junta.
 En silencio van los dos,
 Porque á los dos les ocupan
 Melancólicas ideas,
 Cual no las tuvieron nunca.
 "¿Sabes lo que pienso, Félix?"
 Dijo al pararse en la última
 Esquina el otro.

—¿Qué piensas?

Replicó Félix.

—Que es mucha
 Necedad ir esta noche
 De nuestra Doña Ana en busca.

—¿Por qué?
—Porque es imposible
Que ella á la ventana acuda.

—¿Por qué?
—Porque supondrá
Que con legítima excusa
No vendrás en una noche
En que formidables luchan
Airados los elementos.

—Y no lo yerras sin duda;
Mas ya que estamos aquí,
Volvámos también, en suma,
Sin ver si sale ó no sale,
También fuera en mí locura.

—Como quieras.
—En tu sitio
Queda pues.

—Félix, escucha:
¿Ves allí un bulto parado?
—Qué, ¿tienes miedo?

—¿Te burlas,
Félix?

—No; mas como veo
Que ese embozado te turba...

—Dejémosle que se aparte.
—Juzgo cosa mas segura
Que le hagamos apartar.

—¿A la fuerza?
—¿Qué pregunta!

—Si no se aparta de grado,
A ella es fuerza que recurra.

—Vamos pues.
—Tú queda inmóvil.

—Que no necesito ayuda.
—Entiendo."

Y así diciendo,
Fuése con planta segura
Don Félix al embozado,
Que de situación no muda.

Paróse á tres pasos de él
Y con gentil apostura
Dirijióle estas palabras
Con voz ajena de injuria:

"Hidalgo, si grave empeño
Tal vez no os lo dificulta,
Dejadme libre un momento
La calle.

—¿Y qué es lo que busca
En ella vuestra merced?

—Busco una casa.

—¿La suya

Tal vez?

—Estime el hidalgo
La cortesía que se usa
Con él, y responda atento,
Que mi paciencia se apura.

—Perdone el buen caballero,
Y eche adelante si gusta.

—Es que os habeis de apartar.

—Sí haré.

—Gracias."

Hizo punta
El embozado hácia arriba,

Tomando en la calle ruta:
Y echó hácia abajo Don Félix

Hasta ver por las junturas
De la reja de Doña Ana

La luz que en el cuarto alumbraba.

Pasó por frente á la reja,
Volvió á pasar, hizo en suma
Para llamar su atencion

Cuanto no fuera hacer pública
Con la presencia de un hombre
De Doña Ana la conducta;

Mas ni se abrió la ventana,
Ni se oyó señal alguna.

Ya el corazón se le prensa
De los celos con la furia,
Ya negros y pavorosos

Presentimientos le turban,
Y ya dudaba afanoso

Entre si era ó no cordura
El volverse ó el quedarse

Hasta que verdad descubra;
Cuando hácia él calle adelante

Vió correr con gran premura
A su amigo, que le dice:

"¡Huye, Don Félix!
—¿Que huya!

—¿De qué?
—El milanés maldito

Tenia su gente oculta
Para dejarte pasar,

Y con mano mas segura
Encerrado en esta calle

Abrierte en su centro tumba.

—¿Estás seguro que es él?

—Sí, Félix, sin duda alguna.

—Ganemos pues la otra esquina,
Que fuera cosa harto dura

Morir aquí como perros
A las manos de tal chuuma.

Pero mañana la mía
Será la primer figura

Que á sus ojos se presente,
Y verémos si su astucia

De su corazón desvía
De mi tizona la punta.

Vamos."

Y así pronunciando
A alejarse se apresuran.

Mas no bien á la otra esquina
Tocaban, cuando á ellos juntas

Dos espadas se vinieron,
Que toparon con las suyas:

Duró la lid un instante
Y ya vencer se figuran,

Pues á estocadas los llevan
Los dos mancebos con furia,

Cuando corriendo llegaron
Con las espadas desnudas

Otros tres por sus espaldas.
Siguió momentos la lucha
Como valientes lidiando;

Mas ¿qué el valor les ayuda,
Donde á traicion contra ellos

Cinco cobardes se juntan?
Cayó primero D. Félix,

Y aunque en la tapia se escuda
Para lidiar cara á cara,

Los ojos ¡ay! se le anublan
Con la sangre que derrama,

Y á cuchilladas le abruman.
Riño como bravo el otro,

Mas fué inútil su bravura,
Pues todos en torno suyo

Villanamente se agrupan.
Y al cabo de unos momentos

Cayó, con heridas muchas,
De boca, á impulso de un tajo

Traidor, sentado en la nuca.
Tomaron la calle arriba

Los viles, y en voz confusa
Unos á otros, marchando,

Que muertos son se aseguran.

Amanecía apenas
El inmediato dia,

Cuando sus horas de quietud serenas
A Don Pedro Guzman interrumpia

Siniestra y tumultuosa vocería.
De su casa en la puerta

Con aldadadas dobles,
A cuyo impulso sus macizos robles

Resistencia oponian, pero incierta,
Llamaban tenazmente;

Y ya tropel juntábase de gente,
Y ya Don Pedro presto

Con prisa airada y soñoliento gesto
Las ropas se vestia,

Porque ningun doméstico lo hacia.
Ya de su larga bata

Las puntas coje y las presillas ata;
Y al balcón se dirije,

Cuando un viejo criado
Que há muchos años que su casa rige

Llegó á él con semblante desolado.
"Fermin, ¿qué es lo que pasa

(Dijo Don Pedro) para ruido tanto,
Que parece que á hundir se va la casa?"

Y amargo llanto derramando el viejo,
"No salgais (dijo), por el cielo santo.

—Mas ¿qué pasa? ¿quién es?
—Es la justicia,

—¿Y en mi casa qué quiere?
—Oh! con vos nada.

—Señor, nada con vos.
—¿Pues á quién busca?

Fermin, sea cualquiera la noticia
Que al fin me has de decir, por desastrada

Que sea, dila pronto.
—¿Sosegaos, señor!

—Voto á los cielos
Que valen mas que el susto tus recelos."

Y tal diciendo con airado tono
Dirijióse á la puerta;

Mas el viejo Fermin interponiéndose,

Con sollozos le dijo interrumpiéndose:
"Vuestro hermano, señor, hoy no ha dormido

Dentro de casa." Y comprendiendo al punto
Don Pedro lo demas, lanzó un gemido

Arrancado al dolor y la ira junto,
Y apartando al anciano suplicante,

Lanzóse por los cuartos adelante.
Al pié de la escalera,

En hombros de unos hombres compasivos
Yacia, desgarrando de los vivos,

El corazón, y de su muerte fiera
Con horrendas señales mutilado,

Don Félix desdichado.
De siete anchas heridas
Por las sangrientas bocas

La vida se le huyó, y compadecidas
De tan triste espectáculo, pudieran

En lágrimas romper las duras rocas.
La horrible escena de dolor y saña

A que Don Pedro se entregó, sin duda
Que es á mi pluma estraña:

Que á periodos poéticos acuda
Para pintarte con verdad en vano

Será ¡oh caro lector! llama en tu ayuda
Tu propio corazón, y pesa el duelo

Que fuera en él, si un padre ó un hermano
De modo tal te arrebatara el cielo.

Con tan grande dolor, con pena tanta
Don Pedro de Guzman enloquecido,

Largo rato anudada en su garganta
Sintió la voz, y se esquivó el sonido.

Y sobre los despojos
Del infeliz hermano

Llanto vertieron sus nublados ojos;
Trémula y fria separó su mano,

A su dolor cediendo sus enojos;
Mas luego que en su mente

Volvieron á ordenarse las ideas,
Y al corazón ardiente

Volvió el valor un punto adormecido,
La centelleante vista de repente

Tendió por el concurso enmudecido,
Diciendo con acento enronquecido:

"¿Quién fué el traidor cobarde
Que en un mancebo imberbe todavía

De tan salvajes iras hizo alarde?"
Y en derredor tendió fiera mirada

Guzman, mas nadie le repuso nada.
"¿Todos, dijo Don Pedro, aquí lo ignoran?

¿Todos callan! ¡pardiez! ¿dónde fué muerto?
¿No hallaron la verdad los que le lloran,

Los que le traen á domicilio cierto?
¿Quién le reconoció? ¿quién pudo acaso

De quien le recojió guiar el paso?"
Volvió á tender en torno su mirada

Guzman, y nadie le repuso nada.
Entonces ya con tono descompuesto

Y semblante iracundo,
Hijo de su pesar justo y profundo,

A un alcalde de corte que con gesto
Impasible y severo le habia oido,

Cuya ronda á su hermano ha recojido,
Dirijióse Guzman, así diciendo:

"Amigo soy del rey, y pues tan necia
En los crímenes anda la justicia,
Sabrá el rey que su ley se le desprecia,
Y que el miedo la tuerce ó la malicia."
Y volviendo la espalda Guzman, fiero
Pidió á Fermin su capa con su acero;
Viendo lo cual el juez, tras él echando,
Y á Guzman de los otros apartando,
Díjole: "Oídme pues, buen caballero."
Y de la estancia fuera
Platicaron los dos de esta manera.

DON PEDRO.

Decid.

ALCALDE.

Con vuestro hermano
Otro jóven hallé, que al par herido
Fué con Don Félix por la misma mano.

DON PEDRO.

¿Y quién es?

ALCALDE.

Fué Don Carlos de Aguilera.

DON PEDRO.

¿Murió tambien?

ALCALDE.

Tambien.

DON PEDRO.

¿Oh suerte fiera!

ALCALDE.

Mas vivió lo bastante
Para decir con hábito espantado
Y jurar por la fé de caballero,
Y de la eternidad por el gran paso,
De tan traidor y lastimoso caso,
El autor verdadero.

DON PEDRO.

¿Y quién es, ¡vive Dios! señor alcalde?

ALCALDE.

Antes, Don Pedro, de saber su nombre,
Juradme que escondido en vuestro pecho
Le guardareis; que es hombre
Que por bueno pasar puede lo hecho:
Y que al rey solamente
Lo habeis de revelar secretamente.

DON PEDRO.

Sí juro; mas si fuere
El mismo rey, señor alcalde, habria
De hacer justicia en sí, ¡ó por vida mia!
Que puede que me oyese
Lo que de nadie oír esperaria.

ALCALDE.

A la venganza yo no os pongo coto:
Mas si no sois del rey muy grande amigo
No movais con quien fué mucho alboroto;
Y esto, Guzman, que os digo,
Lo que os puedo decir es, y es mi voto.

DON PEDRO.

Mas ¿quién es, acabad?

—Y aquí al oído

De Don Pedro acercándose el alcalde
Dijo, y de nadie pudo ser oído.

ALCALDE.

El milanés que habita en la embajada
De Inglaterra.—Y Don Pedro,
Tal nombre oyendo, al lado de la espada
Llevó la mano, y con feroz mirada,
"Bien está, dijo al juez: lo entiendo todo."

ALCALDE.

¿Solo el rey lo sabrá?

DON PEDRO.

Solo, y de modo

Que á la historia añadir no podrá nada.

Y los dos apartándose
Para dejar la historia bien redonda,
Desde allí cada cual siguió entregándose,
Don Pedro á su dolor, y él á su ronda.
Pero puede el discreto
Imaginar, que en calma
No podria encerrar dentro del alma
Don Pedro de Guzman este secreto,
Y que á vueltas y á solas andaria
Mas segura buscando
Del autor de delito tan infando
Fiera venganza, en oportuno día;
Y que el día fatal quedó aguardando.

Y á la mano en pocos dias
La ocasion le vino pronta,
Que quien para el mal la busca
Siempre se la encuentra próxima
Seguido de un escudero
Por honor de su persona,
Y por ayuda en un caso
De una asechanza traidora,
Por fuera de Recoletos
Una tarde nebulosa
El de Guzman se pasea
Rumiando tristes memorias.
Víasele entre los árboles
Como una siniestra sombra
El monasterio cruzando
Desde una esquina á la otra,
La larga espada en la cinta,
Embozada la persona.

Descolorido el semblante
Y con la mirada torva
Todo su exterior, en fin,
Revela que su alma á solas
En los cálculos se abisma
De meditaciones hondas,
Y que una idea inmutable
Intima y desoladora
Lastima su inquieta mente
Y el corazon le acongoja.
Piensa en su hermano Don Félix,
Y en la mas fácil y próspera
Ocasion de la venganza
De muerte tan alevosa.

En esto el Prado adelante
Por dos yeguas voladoras
Que le pacieron la grama
Al Guadalquivir en Córdoba,
Arrobatada venia
Sin camino una carroza,
Pues torpe mano á las yeguas
Acosando desbocólas.
Al punto vió la impericia
Guzman, cuya generosa
Sangre á ayudar le impelia
Al que así necio se arroja:
Y conociendo que pronto,
Dejando la arena cómoda,
Se entraran por los vallados
Las dos bestias poderosas,
Con su escudero lanzóse
Por si contenerlas logra,
Y aquel peligro desvia
De quien la muerte provoca.
Los que en el carruaje vienen
Gritaron en voces roncadas
"¡Fuera! ¡fuera!" por si acaso
Con el espanto empeoran
Los animales y alcanzan
Caida mas desastrosa.
Mas á sus voces haciendo
Guzman las orejas sordas,
Como hombre sereno y ducho
En semejantes maniobras,
Colocándose á ambos lados,
La vista y la mano pronta,
Caballero y escudero,

Al enfilear la carroza,
Con un instantáneo arrojó
Asiendo las bridas rotas
A una yegua el caballero
Y el escudero á la otra,
Consignieron lastimándolas
Pararlas, y á mucha costa.
Saltó en tierra un caballero
A la mas estricta moda
Equipado, y de presencia
Muy bizarra y muy airosa.
Mas al llegarse á Don Pedro
A darle gracias, la gola
Le aferró con ambas manos
El de Guzman, con furiosa
Voz diéndole: "Asesino,

¡Caiga en tí su sangre toda!"
El milanés (que no era otro),
Que aquella sangrienta historia
Recordó viendo á Don Pedro,
Dióse por puesto en la horea.
Mas soltóle el de Guzman,
Y treguas dando á su cólera,
Le dijo: "Hacia aquí apartaos:
Veamos si vuestra hoja
Corta igualmente de cara
Como por la espalda corta."
Echaron á Recoletos,
Y de tapia protectora
Amparándose, sacaron
Al aire sus dos tizonas.
Perdió el milanés la suya
Con muchísima deshonra,
Y yendo á herirle Don Pedro,
Como una espantada zorra
A quien los perros persiguen,
Tomó fuga vergonzosa.
Indignado el de Guzman,
Viendo con alma tan poca
A quien tan traidoramente
Asesina entre las sombras,
Echó tras él ya resuelto
A darle muerte alevosa.
El milanés, conociéndolo,
Con intencion previsora
Ganó á la iglesia la puerta,
Y la capilla mas próxima.
Entró tras él Guzman, ciego,
Mas á una imájen devota
De Cristo, viéndole asido,
De la mujer generosa
Se acordó que dió la vida
Al matador de Zamora.
Soltó su mano la espada,
Con voz descompuesta y cóncava
Diciendo, al otro que le oye
Con calma y con faz atónitas:
"Idos, que yo os dejo libre:
Válgaos la buena memoria
De una mujer que por mí
Osó hasta accion tan heroica."

Y saludando á la imájen
Con reverencia piadosa,
Dijo: "Hasta aquí mi venganza:
¡Dios me la tenga en memoria!"
Dudándolo todavía
Ve el milanés que abandona
La iglesia, mas de ello al cabo
Sus sentidos se cercioran.
Y á su carroza volviendo,
Por hazaña milagrosa
Contó en la corte el suceso,
Que admiró la corte toda.
Y por verdadera hazaña
Contada de boca en boca,
A Don Pedro apellidaron
El de la buena memoria.

A MARIA.

ELEGARIA.

Aparta de tus ojos la nube perfumada
Que el resplandor nos vela que tu semblante da,
Y tiéndenos, María, tu maternal mirada,
Donde la paz, la vida y el paraíso está.

Tú, bálsamo de mirra: tú, cáliz de pureza;
Tú, flor del paraíso y de los astros luz,
Escudo sé y amparo de la mortal flaqueza
Por la divina sangre del que murió en la cruz.

Tú eres ¡oh María! un faro de esperanza
Que brilla de la vida junto al revuelto mar,
Y hacia tu luz bendita desfallecido avanza
El naufrago que anhela en el Eden tocar.

Impela ¡oh Madre augusta! tu soplo soberano
La destrozada vela de mi infeliz batel;
Ensénale su rumbo con compasiva mano,
No dejes que se pierda mi corazón en él.

POCO ME IMPORTA.

CANCION.

Me dicen que medio mundo
Ríe con el otro medio,
Y aunque en verdad me confundo
Viéndolo así, ¿qué remedio?
Caprichos con que se nace:
Cada cual como mas quiera
Vive y muere,
Y aunque algo extraño se me hace
Viendo la vida tan corta,
Poco me importa.

Yo sé un elixir magnífico
Contra duelos tan extraños,
Y son con tal específico
Horas de placer mis años.
Para mí no hay amarguras;
Ni pesares ni disgustos
Me dan gustos,
Y aunque diz que sulco á oscuras
El mar de esta vida corta,
Poco me importa.

Sin opulencias me paso,
Ni ambiciono honras ni oro,
Ni del poder hago caso;
Si no soy feliz, no lloro.
Conmigo mismo me basto,
Y con lo poco que tengo
Bien me avengo:
Y aunque cuanto tengo gasto,
Siendo la vida tan corta,
Poco me importa.

Si leyes á nadie doy,
Nadie á mí leyes me da;
Donde no gozó no voy,
Donde estoy mi patria está.
No me acosa odio ni envidia;
Y aunque en todos los lugares
Hay pesares,
Si algun pesar me fastidia
Y amarga esta vida corta,
Poco me importa.

Un puro y una botella
Durante mi esplin consumo,
Y cuando acabo con ella
Cigarro y pesar son humo.
Los vapores de los dos
El cerebro me revuelven,
Y me vuelven
Tan feliz que ¡vive Dios!
Esta vida larga ó corta,
Poco me importa.

Celestes apariciones
Gozan entonces mis ojos,
Y dichas ilusiones
Satisfacen mis antojos.
En las vagas espirales
Fermentan del humo vano
De mi habano
Visiones tan celestiales
Que una vida larga ó corta
Poco me importa.

¡Y en qué entonces me aventaja
Ningun sultan con su opio?
Si á su alma el Eden se baja
A mí me pasa lo propio.
A él le exalta la cabeza
Su ambar, su pipa y su vaso:
No hace caso.
De sí mismo en su pureza,
Y una vida larga ó corta
Poco me importa.

Y á mí el licor jerezano
Del puro entre el humo azul
Me hace igual al soberano
De la soberbia Stambul.
Y en el insomnio dichoso
De la embriaguez le tuteo,
Y me creo
Otro sultan poderoso,
Y como á él la vida corta
Poco me importa.

¿Qué diablos va de él á mí?
Llévanle á el harem eunuco
A que la desuelle allí
Velado por mainelucos;
Y á mí me arrastra á mi lecho
Una mujer cariñosa,
Que afanosa

Se desvela en mi provecho,
Con quien la vida por corta
Poco me importa.

El enamora á una esclava
Que hacia él solo miedo abriga,
Y á mí de aplomarme acaba
Dulce beso de mi amiga:
A él las caricias le roba
Su esclava, durante el sueño,
Y mi dueño
Me vela en mi misma alcoba,
Porque mi vida aunque corta
Mucho me importa.

A él le hace el opio tal vez
Soñar con alguna hourí,
Y ver me hace una el Jerez
En cada mujer á mí.
El reina en Constantinopla,
Y yo, misero coplero,
Cuando quiero
De él me rio en una copla,
Y de su rabia si aborta
Poco me importa.

Y á él opio excesivo acaso
Le hace ponzoña mortal
De su café, y le abre paso
A su sepulcro imperial.
Mientras yo libre de afan
Despierto al placer mañana
Con mas gana,
Y aunque reviente el sultan
Y deje á la Europa aborta
Poco me importa.

A D. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

EPISTOLA.

(En verso prosaico.)

Tienes, oh Wenceslao, cosas diabólicas,
Ocurrencias fatales, como tuyas;
Y desdichas ¡ay Dios! tan hiperbólicas
Traen para mí, que aunque de oirlas huyas
Te las voy á encajar, porque á mi antigua
Y cerril libertad me restituyas.
¿Dónde habrá ¡oh caro Izco! mas ambigua
Situacion que esta ruín en que me pones,
A los trabajos de Hércules contigua?
¿Escribir en la *Risa* me propones?
¿Y hacer reír? ¡A mí, que siempre he sido
El cantor de la sangre y las visiones!
¡A mí que en todas partes me han tenido
Por el buho mas negro y melancólico
Que del furor romántico ha nacido!
¡A mí, cuyo estro bárbaro y diabólico

Espanta al sano público en la escena
Con obras que espeluznan á un católico!
¿Yo hacer reír? ¡pues la aprension es buena!
Con que te firme yo tu semanario
No queda al punto un suscriptor, y truena.
Mira lo que haces, Izco temerario,
Mira que te lo ruego por los cielos;
Ve tu empresa con ojos de empresario.
Porque si yo, cumpliendo tus anhelos,
Tiendo por tu papel mi negra pluma,
Te has de tirar muy pronto de los pelos.
Alíviate este peso que me abruma
Renunciando á mis versos montaraces,
Que es lo que á entrambos nos conviene en suma.
Mas... áspero mohín veo que me haces
Esto leyendo... ¿en tu opinion te cierras?
No me resisto mas, tengamos paces.
Escribiré en la *Risa*, pues te aferras
En ello, Ayguals; mas sobre tí los daños
Que mis jovialidades desentierras.
Horrendas cosas escribí en cinco años;
Mas nueva luz en mí desde hoy sintiendo
De mano voy á dar á mis engaños.
Voy á reirme yo, reír haciendo
Al que no haga llorar, ridiculeces
Del mundo en que vivimos descubriendo.
Voy á hacerte reír; pero tus preces
Dirije al cielo, Ayguals, porque te juro
Que te voy á mostrar las desnudeces
De la verdad, en castellano puro;
No correcto tal vez, pero tan claro
Que ha de entenderlo el montañés mas duro.
Y aqueste empeño para hacer mas raro
Por mí voy á empezar, ante tus ojos
Mostrándome cual soy, bien sin reparo.
Perdona si tal vez te causa enojos
Mi ruín y flaca aparicion barbuda;
Resultado es no mas de tus antojos.
Contempla, pues, mi humanidad desnuda,
Y piensa que cual yo te me presento
Voy á poner á los demas en duda.
Yo soy un hombrecillo macilento,
De talla escasa, y tan estrecho y magro,
Que corto andando como naípe el viento
Y protegido suyo me consagro,
Pues son de delgadez y sutileza
Ambas á dos mis piernas un milagro.
Sobre ellas van mi cuerpo y mi cabeza
Como el diamante, al aire; y abundosa
Pelos me prodigó naturaleza,
De tal modo, que en siesta calurosa
Mis melenas y barbas estendidas
A mi persona dan sombra anchurosa.
Mi cara es como muchas, que perdidas
Entre la turba de las otras caras
Se pasean sin ser apercebidas.
Mofadora expresion si la reparas
Muestra á veces, las mas indiferencia,
Y otras melancolía, aunque muy raras.
Cual soy me tienes, pues, en tu presencia,
Visto por fuera, Wenceslao amigo,
Pero visto por dentro hay diferencia.
Que aunque soy en verdad, como te digo,

De hombre en el exterior menudo cacho,
Alma mas rara bajo de él abrigo.

Serio á veces, á veces vivaracho,
Tengo á veces arranques tan exóticos
Que rayan en tontunas de muchacho.

Y otras veces los tengo tan despóticos,
Que atropello razones y exigencias
Por cumplir mis caprichos estrambóticos.

Poco alcanzo en las artes y en las ciencias,
Y eso que *allá* los padres jesuitas
Me avivaron un tanto las potencias;

Mas yo dificultades infinitas
En las ciencias hallando, echéme en brazos
De las musas. Mujeres y bonitas

Ellas, muchacho yo, caí en sus lazos;
Y á fé que sus cariños me valieron
Inútiles, mas sendos sermonazos.

Tantos fueron, que al fin me condujeron
A oírlos con glacial indiferencia,
Y en mí esta indiferencia produjeron

Con que miro las cosas (y en conciencia,
Aunque cual gran calamidad la lloro
No la puedo oponer gran resistencia).

Alabo el bien y á la verdad imploro,
Mas despierto con otra ventolera
Y el mal ensalzo y la mentira adoro.

De esto viene el llamarme calavera;
Mas si un dia en razon meterme debo,
¿Quién duda que lo haré como cualquiera?

Oscura vida, por mi gusto, lievo;
Mas si llevarla del reves importa,
Lo hallo tan fácil cual comerme un huevo.

La existencia no me es larga ni corta;
En paz la paso sin placer ni pena;
Como no tengo plan nunca me aborta.

Si una buena alma investigar serena
Quiere lo que yo soy, por mil caminos
Irá, y tal vez de la verdad ajena.

Que (abreviando discursos peregrinos)
No sirve cuanto digo y cuanto hago
Para atar dos ochavos de cominos.

Porque soy todo yo tan raro y vago,
Que ni nadie me entiende ni me entiendo.
Lo que hice ayer, mañana lo deshago;

Dejo hoy tal vez lo que mañana emprendo,
Y así salen mis obras á mi antojo,
Aunque digas ¡oh Ayguais! "No lo comprendo."

Tal soy, como te he dicho, y algo flojo
Tal vez anduve: mi retrato es éste.
Si á firmar tu periódico me arrojo

Voy á ser mas dañino que la peste;
Y he de sacar la pluma de mal año
Aunque tu misma enemistad me cueste.

Y pues donde cortar no falta paño
En esta ingerta sociedad de ahora,
Do el ridículo solo no es extraño,

Si me quieres así, sea en buen hora;
Reír me place, mas á costa ajena,
Que es mas dulce reír cuando otro llora.

Tú dirás que esta epístola no es buena,
Y que si ha de ser tal cuanto te escriba,
Renuncias mis artículos sin pena.

Mas aunque bien dirás, en esto estriba

La escelencia mayor de estos renglones,
Pues de justicia es ley distributiva

Que si critico de otros las acciones,
Me esponga yo á su crítica primero,
Y les dé la razon de mis razones.

Con esto, Ayguais, contestacion espero
Recibir de tu puño, en versos frios
Y ásperos como clavos; lo que infero

No de uno de mis muchos desvarios,
Sino porque contestes dignamente
A versos tales como son los míos.

Contesta, pues, y riase la gente:
Que nos llame la *Risa* sus apóstoles,
Y aunque nos diga el vulgo irreverente
Que esto es tocar el órgano de *Móstoles*.

A MI AMIGO

WENCESLAO AYGUALS,

DIRECTOR DE LA RISA.

¿Con que ni puertas ni rejas
De tí me pueden librar?

¡Maldito Ayguais, no me dejas
Un momento reposar!

Ya encanece mis guedejas
Lo que me haces cavilar,
Zumbándome las orejas

Con los ayes y las quejas
Que me envías sin cesar.

Irrita pues, escorpion,

Mi lengua de basilisco
Con uno y otro arañon,

Con uno y otro mordisco.
Duréceme el corazon

Hasta dejarle hecho un risco
Para el duelo y compasion;

Mas ¡ay si rompe el turbion!
¡Ay si te coje el pedrisco!

¿Y quién habrá que lo impida?
¿Quién vive el cielo! me estorba

Darte una buena batida
Con esta péñola corva,

En tu propia hiel teñida?
Nadie . . . El coraje me encorva

Y . . . Oyeme, Ayguais, por tu vida,
Que con tu misma medida
Voy á templar mi tiorba.

Y pues luchador atlántico
En composicion esdrújula

Retas á mi esto romántico,
Ayguais, yo rompo mi brújula,
Y así te vuelvo tu cántico.

Ya que persigues frenético,
Wenceslao, mi númen lírico,
Que rabia por lo patético,

Y para hacerme satírico]

Me amenazas con lo de ético (1),
Seguiré tu plan diabólico;

Desde hoy agrio, amargo y ácido,
Mi zumbido melancólico

Será son alegre y plácido
Aunque me cueste un buen cólico.

¿Temes que mis fuerzas bélicas
Cedan, y me quede exánime?

Dudas tienes bien angélicas;
Verdades oye evangélicas,
Que contigo voy unánime.

Quien no sea hoy un estólido,
Gran dosis de metafísico

Ha de llevar en su físico;
Que no es de moda lo sóbido

Ya: lo elegante es lo tísico.
Veme á mí. Influencia mágica

Ejercicio en todo espectáculo;
Y el vulgo al verme con báculo

Caminar, y con faz trájica,
Me tiene por un oráculo.

¿Mas á Breton? ¡Santa Brigida!

Al ver su panza de ecónomo
Le darán orchata frígida,

Le pondrán á dieta ríjida
Como al mas fiero gastrónomo.

La magrura es un vehículo
Para hacer doctor en ferragos

El ético mas ridículo:
Para sabios es de artículo

Ser tan secos como espárragos.
Tal es nuestro siglo: encárate

Con cualquier autor dramático,
No hablemos de Gil y Zárate,

Con Principe y yo compárate . . .
¡Bah, tu eres un buey asiático!

¿Qué hermosa mira con ánimo
Vuestros contornos exóticos,

Si los destinos despóticos
Dan siempre á vientre magnánimo

Los gustos mas estrambóticos?
Y si á cuestion pantomímica

Lo reduces ¿cuál mas árida
De la de un gordo? La química

A voces una cantárida
Recetaré á vuestra mímica.

Si á una mujer (¡Santa Mónica!)
En sitio público (¡cáscaras!)

Diriges seña lacónica,
Se quedará como en máscaras,

Tendrá por risa sardónica,
Por amenaza satánica,

La seña amante y volcánica;
Y te tendrá por un tábano

Que con torpeza mecánica
No quiere soltar el rábano.

¡Bah! sé en lo gordo metódico,
Y te jura tu vulpécula,

(1) Y aquí si yo fuera empiírico
Te regalaba un cosmético,
Y si encontrara otro en irico
Te daba tártaro emético.

Que aun á precio menos módico
Mas de moda tu periódico
Ha de ser, per omnia sécula.

El amen tú lo dirás,
Que de derecho te toca,

Pues fuera me le coloca
Tu metro de Barrabás.

Y pues te devuelvo exactos
Tus esdrújulos malditos,

Ya ves, me cuesta tres pitos
El cumplir con nuestros pactos.

Mas si en encomiar los gordos
Tú te me cierras fanático,

Pese á mi interes apático,
Nos habrán de oír los sordos.

Porque, Ayguais, ni aquí ni en Flandes
Ha habido un gordo grande hombre,

Que á los gordos, no te asombre,
Les llama el vulgo hombres grandes.

Tal es el siglo en que estamos,
Siglo montado al vapor:

Cuanto mas peso, peor;
Con que los flacos ganamos.

Y da gracias á que hoy
No me siento para el paso,

Que si no os diera un repaso
Que hiciera ¡por San Eloy!

Vuestra derrota patente;
Mas porque no echés á broma

Lo que voy diciendo, toma,
Con lo que sigue entretente.

Sois un puro inconveniente
Vosotros los mofletudos,

Y haceros en la piel nudos
Fuera á mi ver muy prudente.

Prescindamos del apodo
Preciso de un barrigon,

Aquello de San Anton,
Pero con el cerdo y todo:

Prescindamos de que Utrilla
No sabe cómo ajustaros

Un chaleco sin ahogaros,
O un pantalon con trabilla;

De que él se desacredita,
Y con fatal desengaño

Ve que no le queda paño
De vuestro frac ó levita;

Prescindamos de lo caros
Que sois y poco económicos,

Vamos á los lances cómicos
En que teneis que encontraros,

Pues, señor, que eres feliz,
Y que tu cara hermosura

Te recibe en noche oscura,
Y os veis nariz con nariz:

¿Dónde os esconde una trampa
Del tutor atrabiliario?

En baul, balcón ó armario
Ni á pechugones se os zampa.

No hay asilo que se os dé,
No hay hueco en que esteis holgados;
Si os cierran morís ahogados,